

## Riesgo, memoria y politiquería

MANUEL ARGÜELLO

**E**l temblor de Cinchona, el 8 de enero de 2009, mostró con claridad los procesos de construcción del riesgo de desastre que vienen dándose en forma acelerada en las últimas décadas en Costa Rica, así como los riesgos de la falta de política y del exceso de politiquería, todo sobre la casi ausente memoria histórica de la población, la prensa y los funcionarios que olvidan no solo lo sucedido hace una década sino también las tragedias del mes anterior. Peor aun, sobredimensionan el impacto y la respuesta, así como su calidad, olvidando las miles de familias que fueron víctimas de desastres durante el año anterior y que siguen sin recibir apoyo alguno y han tenido que sobrevivir con sus propios medios, sabiendo además que no recibirán ningún respaldo para la recuperación y la reconstrucción.

Cinchona es un pequeño caserío que data de la primera parte del siglo XX, cuando en esa zona se cultivó extensamente la planta del mismo nombre, utilizada para producir quinina, y que se localiza en la alta montaña, en las faldas del macizo del Poás, muy cerca del epicentro del sismo de 6,2 grados que casi lo destruyó. Su nombre identifica uno de los tantos usos del suelo de la zona, entre las altas cumbres volcánicas, el que dio paso a la ganadería lechera, el cultivo de frutas y plantas ornamentales en la segunda mitad del siglo, y no solo ahí sino también a lo largo de toda la ruta que sigue la cuenca del río Sarapiquí, ruta que existe desde hace siglos, cuando se utilizó como salida del valle Central hacia las planicies del norte y al río San Juan, como vía al Caribe y al resto del mundo -de ahí el trazo sinuoso y abrupto-. Con el tiempo, ese *paso de mulas* se fue consolidando como ruta para facilitar la salida de productos agrícolas, en particular la leche. Luego se asfaltó, lo que permitió la intensificación de actividades turísticas en una zona de extraordinaria calidad escénica, en medio del bosque nuboso, con profundos abismos donde corren los riachuelos que alimentan la cuenca, al lado de escarpadas y altas laderas cubiertas -muchas de ellas- de bosque virgen, pero otras muchas deforestadas por el uso agrícola y los potreros, y falseadas por los intrincados caminos montañosos.

En Cinchona, el temblor, como fenómeno de la naturaleza, no fue mucho mayor que tantos otros ocurridos en los últimos 20 años que afectaron muy diversas partes del país. De hecho, fue menor al de Limón (Telire, 15:57 horas del 22 de abril de 1991: 7,5 grados), del que queda un leve recuerdo, aunque éste sí tuvo un efecto de escala nacional y perdurable. El sismo de Limón en lo inmediato provocó el falseamiento y la destrucción de puentes en toda la zona caribeña al sur de la ciudad-puerto, incluyendo los de los ríos más importantes de toda la cuenca (Bananito, Vizcaya, Westfalia, Negro y Estrella), dejando totalmente aislado el Caribe sur. La subsiguiente temporada lluviosa se enfrentó sin rehabilitación y con tierras falseadas por el terremoto, aguas arriba, por lo que deslizamientos y avalanchas impactaron las comunidades costeras seriamente. A lo largo de toda la zona costera, la licuefacción y el agrietamiento interrumpieron caminos vecinales hacia las fincas tierra adentro del valle de la Estrella y la alta Talamanca. El impacto de este sismo provocó cambios sustanciales en la línea costera y en la altura relativa de la plataforma continental, de manera que muchas cuencas y microcuencas se vieron afectadas por la elevación (desde poco menos de un metro hasta un metro y medio) del nivel en la zona de playa creando tierra adentro grandes áreas que sufren de las más amplias, profundas y continuas inundaciones, incluso en temporadas de lluvias consideradas normales.

Por la percepción de los daños, el de Cinchona ha sido encumbrado a inmensa tragedia nacional, cuando en realidad los daños y las pérdidas no han sido superiores a las sufridas muy recientemente -por ejemplo- en la costa del Pacífico, impactada por dos grandes llenas (en mayo y octubre de 2008) y ahora casi olvidadas. Ahí hubo inmensos deslizamientos en las cuencas altas de ríos como el Turrubares, el Paquita y el Parrita, entre otros; destrucción de caminos, fincas y beneficios de café, aunado a una carretera costanera destruida, decenas de puentes perdidos y cauces cuyos cursos previos fueron alterados hasta en 200 metros, lo que afectó a miles de familias en todo el Pacífico Central, que perdieron sus viviendas y sus puestos de trabajo. Lo mismo sucedió en la zona montañosa al sur del valle Central y en San Isidro de El General, lo que generó que la carretera interamericana fuese interrumpida en varios puntos por grandes deslizamientos, tanto en mayo como en octubre de 2008.

Las inundaciones de la costa del Caribe, casi todos los años pero con especial importancia en 2005 y en diciembre de 2008, tampoco recibieron la atención, el apoyo público y privado ni una inmensa cobertura de prensa, aunque afectaron una zona y una población muchísimo más extensas, incluyendo, otra vez, la ciudad de Sixaola. Ésta se ha ido restableciendo, como cada vez, por su propia iniciativa, prácticamente sin apoyo estatal, no solo en la reconstrucción de edificaciones sino tampoco en la organización productiva de fincas como las bananeras y plataneras. A lo largo de la cuenca del río Sixaola se dejó abandonadas decenas de comunidades y caseríos que quedaron aislados por semanas enteras sin apoyo alguno -pero se entiende que en su mayoría son de población indígena y han estado aislados ahí por siglos-.

Cinchona tampoco supera el impacto de otros sismos de los últimos años. De hecho, el más reciente ya casi no se recuerda (fuera de la zona de ocurrencia): el terremoto que impactó todo el Pacífico Central al finalizar el año 2004 (Damas, 2:07 horas del 20 de noviembre), de magnitud similar (6,2 grados), y que causó severos daños en los cantones de Parrita y Quepos. Cientos de familias perdieron sus casas y enterraron sus muertos sin recibir mayor apoyo, respuesta ni ninguna previsión para la rehabilitación. El efecto se centró a lo largo de la carretera costanera (todavía hoy sin arreglar completamente) y mantuvo a decenas de familias refugiadas por meses en tiendas de campaña y carpas de plástico negro en las plazas de varias comunidades (Pocares, Damas, etcétera), hasta que por su cuenta fueron saliendo adelante como otras tantas familias de toda la costa que ni siquiera se identificaron o censaron, las cuales tuvieron que reconstruir sus viviendas y refugios con su esfuerzo personal y familiar.

Si bien es cierto tuvieron respuesta de emergencias, pues los rescates siempre se dan, y los albergues siempre se llenan, y se activan los comités locales de emergencia y los *cruz-rojistas* sacan familias o llevan víveres y demás - y los rescatistas siempre actúan en forma heroica y desinteresada-, también es cierto que después de eso nada más pasó. Transcurren meses y años y las familias vuelven a edificar sus propios albergues, en los mismos sitios y con sus precarios recursos y escasos conocimientos técnicos, sin mayor apoyo. Las instalaciones públicas también tardan años en repararse y muchas veces se construyen en localidades de altísimo riesgo, con sistemas constructivos y materiales inadecuados o claramente peligrosos, dada la localización y las amenazas harto conocidas.

En Cinchona, el impacto principal sobre vidas humanas (que suman en total 30, entre muertos y desaparecidos) ocurrió en caseríos, edificaciones y vehículos a lo largo de esa vieja ruta trazada siglos atrás, lastreada y asfaltada en la medida en que fue cambiando el uso del suelo, producto del desarrollo de los sectores agropecuario y turístico, con el crecimiento poblacional subsecuente, sin que nunca fuera realmente diseñada.



Catarata de la Paz

Eliécer Duarte



Catarata de la Paz

Eliécer Duarte

Además, las construcciones destruidas y dañadas carecían de las mínimas condiciones, fuera por localización (al borde o literalmente sobre precipicios en tierras volcánicas, areniscas y de poca consistencia), o por inadecuadas o inexistentes técnicas constructivas propias de una región de altísimo riesgo sísmico. Las iglesias, escuelas, restaurantes dañados o destruidos y la única fábrica tenían serias deficiencias constructivas y, en contraste, la mayoría de los hoteles de más elevados niveles de control y técnica sufrieron daños menores. Pero la zona más afectada no supera los 20 km<sup>2</sup> y estaba casi despoblada, solo con dos o tres pequeños caseríos. La mitad de muertes se dieron en un solo lugar -una soda- y la mayoría a lo largo de esa ruta que zanja pendientes casi verticales.

Dos semanas después, un balance objetivo obliga a reconocer que el impacto ha sido equivalente o menor al de muchos otros sismos recientes ocurridos en sitios como Laurel (2004; 5,3), Puriscal (2003; 5,4), Burica (2002; 6,2), Upala (2002; 5,4), Quepos (1999; 6,9), Pejibaye (1993; 5,8), Naranjo (1992; 6,0) y Frailes (1991; 4,9), entre otros. Pero su imagen ha sido sobredimensionada, a pesar de haberse dado en una zona poco poblada; y, en términos económicos, en una perspectiva nacional, el impacto podría ser más bien marginal o mucho menor a los ya anotados en ambas costas.

La respuesta gubernamental, en lo inmediato y desde la perspectiva de imagen, también ha sido sobredimensionada, en especial si se la compara con los otros eventos citados: a la región hicieron varias visitas el presidente, diversos ministros y la novia del presidente con sacerdotes -con rezos y llantos de cada quien-. Hubo visitas de personajes del deporte internacional -llevados por ministras- que firmaron autógrafos, lloraron y oraron y, por primera vez, hubo recolección de víveres y donaciones en la Casa Presidencial, sede del Poder Ejecutivo. Se decretó *alerta roja* en tres provincias y en casi todo el valle Central -cubriendo totalmente la Gran Área Metropolitana, donde habitan más de dos millones de personas-, aunque el impacto directo cubría no más de 50 km<sup>2</sup> al norte del valle -fuera de la Gran Área Metropolitana-. Se decretó cinco días de duelo nacional y hubo duras y exigentes críticas del propio presidente por lo que consideró escasa ayuda internacional -ciertamente en forma poco digna e impertinente-, demandando ayuda inmediata de países europeos, eximiendo de su crítica solamente a China.

Toda esta sobreactuación, más mediática que de acciones materiales de respuesta y recuperación, tiene una explicación bastante clara: la apreciación de la imagen del presidente en las encuestas declinó treinta puntos (30 por ciento) en el último año antes del terremoto, y en enero se estaba estrenando una nueva ministra de Comuni-

cación que, sin duda, se reduce a ser *ministra de imagen del presidente*. El contraste es más impactante porque todo ese activismo nunca se dio en la última década, aunque varias veces al año hay muchos más muertos, afectados y grandes pérdidas materiales. De hecho, en diciembre de 2008 ni hubo duelo nacional ni exigencias de ayuda, ni rezos o llantos del presidente, que ni siquiera fue al Caribe -se fue de viaje a Singapur durante la emergencia-.

El hecho de que se exagerara la imagen de la presencia gubernamental no implica que la respuesta material y la acción fueran oportunas, coordinadas ni técnicamente adecuadas; al contrario, hubo serios atrasos, altísima descoordinación y yerros por doquier. De hecho, los turistas y vecinos salieron del área afectada por su propia cuenta en los dos primeros días (muchos turistas pagando altísimos precios por el transporte en helicópteros privados) y en los siguientes gracias a la movilización espontánea de grupos de personas con cuadraciclos y otros vehículos similares que se movilizaron para colaborar voluntariamente.

Algunos elementos pueden simbolizar la calidad de la respuesta hoy en Costa Rica y la casi total ausencia de una perspectiva de riesgo o el trazo de una política hacia la gestión del riesgo en que vivimos cada día: (1) El increíble incendio de una bodega de la Comisión Nacional de Emergencias -pocas horas después del sismo- repleta de miles de colchones, víveres y vehículos para los damnificados y, peor aun, la inefable respuesta institucional: “no pasa nada”; y sigue sin darse explicación alguna ni hay responsables por lo sucedido. (2) La pérdida de un puente “provisional” solo nueve días después de colocado -dos días después del sismo-, instalado en un sitio obviamente inadecuado, falseado y propenso a crecidas y avalanchas, lo que se advirtió ampliamente y era conocido por los responsables institucionales. (3) El hecho de que la escuela de Poasito había sido declarada inhabitable hacía varios años pero seguía en uso y, “felizmente”, el sismo la terminó de destruir durante las vacaciones escolares. Y esto es algo que sucede con otras edificaciones públicas de la zona y con otros muchos centros educativos del país.

Este sobredimensionamiento del sismo, convertido en *tragedia nacional* o *inmensa catástrofe*, en primer lugar revela una población desinformada y sin memoria, unos medios de prensa ávidos de imágenes espectaculares y un Gobierno con nueva ministra de Comunicación, y en segundo lugar revela la ausencia de una política sobre gestión de riesgo.

**I**nnumerables viviendas, escuelas, centros de salud, carreteras, puentes y todo tipo de construcciones productivas, así como cientos de miles de personas, están en altísimo riesgo sobre cientos de fallas locales y en zonas propensas a avalanchas e inundaciones cada año, pero se carece de formas de aplicación de los reglamentos, códigos existentes y planes reguladores que incluyan el tema de riesgo (hasta ahora no lo hacen, incluyendo los recientemente presentados 33 planes reguladores de la Gran Área Metropolitana).

Con cada gran evento, el enfoque es sensacionalista y de atención a la imagen, sin referir a la eficiencia ni a la capacidad técnica, ya no solo en la prevención o la reconstrucción, sino tampoco en la emergencia misma, en la respuesta inmediata y la recuperación siguiente.

El clientelismo y la imagen positiva se imponen por encima de la planificación de largo y mediano plazos, quedando por encima de la aplicación del conocimiento científico en la labor pública y privada y por encima de las necesarias educación y capacitación local. El clientelismo y la búsqueda de mejorar la imagen política están por encima de la introducción de procesos de gestión del riesgo en las tareas de ministerios clave como los de Vivienda, de Educación, de Salud, de Transporte y de Seguridad, junto a las instituciones afines.

Lo único realmente positivo de esta imagen de *inmensa tragedia* es que la población del país, en general, dio una enorme respuesta solidaria, aportando donativos que llegaron a superar la capacidad de bodegaje de la Comisión Nacional de Emergencias y de instituciones privadas que atendieron familias y animales en la zona afectada. La propia Cruz Roja, según la prensa, solicitó la suspensión de donativos en especie pues tenía en bodegas suficiente para cubrir las necesidades de los siguientes dos meses.

Una población desmemoriada y abandonada a su suerte poco tiempo después del evento, una comprensión mágico-religiosa de los hechos donde suceden milagros por doquier, un estamento político centrado en el control del poder y no en el ejercicio de un gobierno para los habitantes del país, sumado a una prensa afanada en hechos impactantes, todo eso deja a la población en la indefensión y permite que continúe la construcción del riesgo de desastre como hasta ahora, sin discutirlo hasta el próximo impacto.

Mientras tanto, con base en la sensibilidad estimulada, se aumenta la recepción televisiva y se forjan nuevas -o fortalecen- viejas imágenes políticas. Los futuros candidatos y los venerados futuros expresidentes surgen de entre el barro y las ruinas de cada terremoto, inundación o avalancha sin que se haya logrado iniciar una nueva ruta hacia una vida más segura para los habitantes y las familias que ven, cada pocos meses o cada tantos años, como se pierde lo poco que tenían.